José Rizal, mártir y poeta de Filipinas

Jessica Rodríguez Sánchez

Cuando, siendo aún muy pequeña, comencé a enfrentarme a la figura de José Martí en los libros de texto y en las primeras clases de Historia, me ocurrió algo muy curioso: no podía verlo como el «Héroe Nacional», quiero decir, no solo como el «Héroe Nacional» de mi Cuba natal. Mi pueril concepto de héroe quizás estaba muy ligado a las estatuas ecuestres de las plazas, siempre tan rígidas, luciendo grandes espadas; quizá también asociaba este concepto a consignas grandilocuentes y a los aburridos discursos políticos de la televisión. Desde niña vi más a Martí como a un ser más próximo y cómplice, como a un poeta, como a un artista revolucionario. Cuando aún era muy pronto para entender guerras de Independencia y Revoluciones ya me sentía lista para leer y amar sus cuentos y poemas para niños, me sentía lista para entenderlo como ser humano. En realidad mi relación con sus textos fue siempre muy intuitiva y sincera.

Esa sensación me ha acompañado hasta hoy, la imposibilidad de entender a Martí solamente como a un héroe. Cuando hace muy poco me acerqué a la biografía y los textos de José Rizal sentí exactamente lo mismo, a este hombre excepcional no le podría comprender en su verdadera magnitud solo a partir de rígidos estudios historiográficos, porque además de un reformista y un revolucionario había sido un artista, un hombre que amaba profundamente la belleza. No había nacido como un político, solo que, siendo un amante de las poesía y las cosas hermosas, se había sentido obligado por sí mismo a luchar por la libertad.

La niñez de Rizal en Calamba como la de José Martí había estado marcada por pistas, señales del destino fatídico que acompaña a ratos a los hombres excepcionales. Ambos, desde muy pequeños, habían manifestado en muchas ocasiones la intuición de que

habrían de morir jóvenes. Martí moriría a los cuarenta y dos años de edad con tres disparos en el cuerpo, en plena «Guerra Necesaria» (Guerra de Independencia de 1895), esa que él mismo había organizado durante años y que daría al traste en 1998 con el Colonialismo Español; aunque Cuba no conseguiría su total Independencia hasta el 20 de mayo de 1902, cuando terminó la intervención norteamericana. Rizal moría a los treinta y cinco años en Manila frente a un pelotón de fusilamiento filipino bajo las órdenes del ejército español, inmediatamente después del estallido de la Revolución para la que él, sin ser su autor directo, había ido preparando a su pueblo durante años con su ardua lucha de propaganda.

Está claro que en Cuba y Filipinas se habían dado condiciones sociopolíticas muy distintas dado que muy diferentes eran los modelos coloniales que se habían impuesto en ambos archipiélagos por el gobierno español. Mientras a Cuba, con una población mayormente criolla, se le otorgaban ciertos derechos en las cortes para evitar una insurrección, a las Filipinas, con una población nativa en su mayoría, se les subestimaba políticamente desde la Metrópoli por considerar que sus habitantes pertenecían a una «raza inferior y servil» que nunca se rebelaría contra sus protectores coloniales. El modelo de dominación española sobre las Filipinas asemejaba mucho al modelo medieval, y la clase dominante era sin dudas «la Frailocracia».

La España colonial destinaba en Manila a un Capitán General, supuestamente la máxima autoridad en las Islas, pero quienes verdaderamente gobernaban las Filipinas eran los frailes, que sometían al pueblo a partir de la religión. Franciscanos y dominicos no se habían preocupado siquiera de enseñar el idioma castellano en las escuelas, sus mecanismos de control se basaban en la absoluta creencia en Dios y en el miedo al infierno, por tanto, evitaban que nuevos conocimientos hicieran a los pobladores filipinos cuestionarse las bases del catolicismo, sabían que un pueblo educado era menos manejable que un pueblo analfabeto. Toda apertura hacia la ilustración y todo intento de intercambio cultural con el exterior eran rápidamente frenados por los curas españoles con prohibiciones y fuertes represalias. Así es que en el siglo XIX en las Filipinas, a pesar de que la luz tropical iluminaba todo el archi-

piélago, se vivía en una cerrada oscuridad feudalista, y sus habitantes solo tenían como referencia del mundo exterior a la Madre Patria. En medio de esta realidad creció José Rizal, en el seno de una familia de prominentes agricultores de la región de Calamba.

En su casa siempre se respiró una gran afición por la literatura; Teodora Alonso, su madre, le enseñó siendo aún muy pequeño a leer y a escribir en el idioma español. Muy pronto el niño comenzó a dar muestra de su genialidad con preocupaciones demasiado complejas para su corta edad, preocupaciones sobre el concepto de Patria (asociado a España en los primeros años) y sobre la necesidad de saber qué había detrás de las olas de su isla. Teodora supo ver la precocidad intelectual del pequeño José y, asustada, trató de alejarlo de esta clase de interrogantes, quizás porque sabía que el éxito y la sabiduría en una sociedad gobernada por frailes no estaban bien vistos. Una noche antes de irse a la cama el pequeño José observó atentamente como una mariposa, que volaba en torno a una vela, acabó por quemarse. Su madre le advirtió que eso mismo sucedía a quienes anhelaban con exceso la sabiduría, que terminaban por consumirse en medio de su lumbre.

El temor de Teodora Alonso no era gratuito, después del motín de Cavite en 1972 el gobierno colonial había relacionado absurdamente con el alzamiento a varios sacerdotes filipinos, entre los que se hallaba José Burgos, mentor de Paciano, hermano mayor de Rizal. Los curas filipinos no habían tenido relación alguna con las revueltas, pero habían cometido la «gravísima falta» de reclamar su derecho como nativos a poder oficiar en la Islas. Aunque la inocencia de Burgos y los sacerdotes oriundos con relación a Cavite era más que obvia fueron ejecutados públicamente por garrote vil. De este modo, la frailocracia colonial demostraba que la religión en la Filipinas era más que una cuestión espiritual: era una cuestión política, un modo de domino absoluto, y tratar de cambiar sus procederes era tratar de subvertir el régimen. Cualquier pretensión de los filipinos por avanzar hacia la igualdad con los españoles quedó radicalmente tronchada con estas ejecuciones.

José Rizal comenzó a escribir sus primeros poemas siendo estudiante del Ateneo de Manila, decantándose especialmente por la poesía patriótica, aún referida en estos años a España y Filipinas como una sola Patria. Los frailes que enseñaban en el Ateneo

trataron por todos los medios de alejarlo de la literatura y la composición de versos, alegando la inutilidad de este arte para la vida cotidiana. En realidad no les simpatizaba que un joven nativo destacara en una disciplina que para ellos estaba destinada con exclusividad a los jóvenes españoles que residían en Manila. El joven Rizal hizo caso omiso a las prohibiciones y continuó escribiendo, casi a escondidas. Por estos años escribe el poema «Por La Educación Recibe Lustre La Patria», que da muestras de su ya notable preocupación política y con el que había desentrañado algo que era vital para entender el régimen *cuasi* medieval aplicado al archipiélago: solo del avance educativo y la apertura a la información podría conseguirse el verdadero progreso del país. Esta presunción para el joven se convertiría en un dogma, tanto es así que una de las frases más citadas de su segunda novela *«El Filibusterismo»* apela también a la idea de que la tiranía se cultiva solo en tierras de ignorancia «Sin esclavos no hay déspotas». El pueblo filipino ni siquiera sabía que vivía bajo una tiranía, se hacía imposible reclutar fuerzas para luchar porque nadie creía necesaria la lucha: antes de introducir armas en Filipinas era necesario introducir la ilustración. Esta premisa acompañaría a Rizal el resto de su vida.

Una vez terminado el Ateneo, Rizal se propuso ingresar a la Universidad Dominicana de Santo Tomás, también en Manila, pero su madre, preocupada por el destino fatídico que ya preveía para él, se opuso fervientemente; alegaba que, con respecto a los estudios de José, tenía una «muy mala sensación». Así pensaba una de las mujeres más cultas del país, que sabía que los hombres ilustrados eran considerados enemigos por los sacerdotes españoles. Las palabras de Teodora hicieron pensar a su hijo en lo que él llamaba su «cruel presentimiento» y se preguntó en su diario si quizás su madre tenía «doble visión», pero la necesidad de conocimiento que lo había caracterizado desde niño lo empujó a desobedecer a su madre. Entre las lágrimas anegadas de Teodora fue que el joven Rizal regresó a la capital: «No lo envíes a Manila, ya sabe lo suficiente. Si continúa aprendiendo más, eso le llevará a ser decapitado» le había suplicado Teodora a su esposo.

Mientras José Rizal estudiaba en la Universidad, Teodora comenzó a quedarse ciega. Al parecer esta fue una de las razones

que lo llevó a elegir la Medicina como carrera, creía que de este modo, como a su madre, le podría ser más útil a su pueblo. Pero en lo que verdaderamente se comenzó a destacar Rizal fue en Literatura, en los años de Universidad ganó múltiples concursos de poesía. Un suceso en su vida de universitario le mostró al joven José que ante la mirada de los profesores, todos ellos curas, la poesía no era un arte hecho para los nativos: había ganado uno de los premios más importantes de poesía en la Universidad, al ser anunciado su nombre todos los invitados a la entrega de galardones aplaudieron con efusividad, pero al notar que el joven que subía a la tarima era «un indio» los aplausos se cambiaron por carcajadas y abucheos.

Rizal comprendió que si finalizaba los estudios en Filipinas su educación sería limitada, nada científica, y que estaría marcada por la censura de los frailes. Tenía que irse a estudiar fuera para terminar Medicina pero, sobre todas las cosas, para conocer los sistemas sociales extranjeros y ver de qué modo se podían inducir pacíficamente reformas en el país. Paciano, su hermano mayor, ya un agricultor bastante prominente en su región, estaba dispuesto a sufragar los gastos de viaje y de estudios, pues los padres de Rizal nunca hubiesen permitido la marcha del hijo a la Universidad en Europa. Entre ambos hermanos hubo un pacto secreto, que no está reproducido en diario o carta alguna, pero en el cual se sabe que ambos acordaron asumir diferentes papeles para la protección de la familia y para la protección y reformas de las Filipinas. Paciano pagaría los estudios de José para que este dedicara su vida a reformar socio-políticamente el archipiélago, mientras que él se quedaría en Calamba trabajando para costear la causa y para cuidar de sus ancianos padres.

Ya habiendo decidido su marcha al extranjero, José conoció a Leonor Rivera, la mujer con la que se comprometió secretamente y con la que mantendría una correspondencia intensa por más de seis años. Para muchos, el único amor de Rizal, un amor basado sobre todo en la intuición. La visita que le hizo antes de partir de Manila iba a ser la última que le haría en la vida, no se volverían a ver. Y es que Rizal años antes, en sus diarios, ya hablaba del amor con pesimismo, decía experimentar antes del acercamiento fuerzas mayores e inexplicables que le impedían proseguir, como si

tuviese designada una gran misión y nada pudiese interferir entre él y este propósito mayor..

A la materialización de su amor con Leonor se le opondrían el deber de entregarse totalmente a la causa filipina y el deber de proteger a su prometida de los curas, cuando más adelante los dominicos lo consideraran a él mismo persona *non grata*. En este punto no puedo dejar de recordar a José Martí, que enamorado de su esposa e hijo, vivió con muchísimo dolor la partida de estos de New York hacia La Habana. Carmen Zayas-Bazán, su mujer, no pudo soportar las penalidades que sufrían en Estados Unidos, donde Martí trataba de organizar al Partido Revolucionario Cubano, germen de la Guerra Necesaria. Este «cruel presentimiento» que a ratos mencionaba Rizal quizás se relacionaba con el hecho de que hombres como ellos no podían disfrutar plenamente del amor. Ambos buscaban la recompensa que ennoblece a los pueblos que viven oprimidos, la Libertad, y por conseguirla solo pocos son capaces de aceptar una vida plagada de limitaciones.

Para Rizal el choque con Occidente fue impactante, así lo describió en sus cartas a la familia: primero estuvo un par de meses en Barcelona y luego prosiguió viaje a hacia Madrid, para continuar con sus estudios de Medicina. Su hermano Paciano le escribió recordándole que su principal meta no era profundizar en las Ciencias Médicas sino hacerse de una cultura general contundente y profundizar en los conocimientos en los que más se destacaba. Por esta razón tenía que permanecer en Madrid, donde estaba el centro político del país.

José Rizal notó con sorpresa que en Madrid tenían gran auge los movimientos anticlericales y republicanos: después de la Revolución del sesenta y ocho había quedado una gran afluencia de librepensadores. Notó también, con pesar, que en la Constitución se hablaba de Cuba y de Puerto Rico, pero no de Filipinas; la población de las colonias caribeñas era mayormente de ascendencia española y por esta causa se les tomaba más en cuenta. En Rizal se acentuó la creencia de que los filipinos debían demostrar su igualdad con los españoles, no para ser libres, pero sí para ser tratados como iguales. Creía que España, a pesar de no estar desarrollada a la par de Francia e Inglaterra, era una gran nación y que sería conveniente para las Filipinas avanzar como su igual.

Para él esta igualdad la tendrían que demostrar hombres que se movieran entre españoles, y que sobresalieran por ser igual o más cultos que los peninsulares. A esto precisamente se habían opuesto desde siempre los frailes, no les convenía crear un estatus de igualdad entre nativos y españoles porque esta situación pondría en peligro su modelo déspota de gobierno.

Los estudiantes filipinos en Madrid, para el disgusto de Rizal, no eran estudiosos ni esforzados, vivían alocada y disolutamente con la manutención de sus padres, la mayoría ricos; aceptaban con tranquilidad la posición de inferioridad que les había sido otorgada con respecto a los españoles. Estando Rizal en Madrid se funda el Círculo Hispano-Filipino, que fracasó como asociación por falta de dinero y aportaciones. La revista del Círculo había destacado como una gran oportunidad para la comunidad Filipina en Madrid de expresar sus opiniones y dar a conocer la realidad social del archipiélago, desconocida por muchos en la península. Al fracasar el Círculo, Rizal propuso la idea de escribir un libro que pusiera de manifiesto la problemática de las Islas. Debía ser un libro escrito por filipinos residentes en España. La idea en un principio aceptada, enseguida encontró problemas relacionados con choques de criterios. Es así como Rizal decide comenzar a escribir el libro por su cuenta, pero alejándose de la idea original, no iba a escribir un compendio de artículos: una novela lo acercaría más a los lectores filipinos. También había que tener en cuenta que solo apelando a la narrativa y a la voz de personajes ficticios podría expresar con libertad ideas que no le estaban permitidas expresar desde su pluma. El germen de *Noli me tangere,* la novela que para muchos abrió una nueva etapa para la Filipinas, estaba sembrado.

A pesar de haber comenzado a trabajar en su libro, Rizal continuó con su lucha por dar una voz a las filipinas en el contexto madrileño. A dos de sus amigos de la comunidad filipina, Juan Luna y Félix Resurrección, se les otorgó un importante premio de pintura en conexión con la Exposición Nacional de Bellas Artes de España, al cual también habían optado sin éxito varios artistas españoles. Rizal creyó que esta era la coyuntura idónea para hablar de las condiciones socio-políticas de Filipinas: un contexto en cual dos compatriotas no eran tratados como menos, ni siquie-

ra como iguales, sino como artistas incluso más virtuosos que sus colegas españoles no premiados en el certamen. Al banquete en honor a los artistas Luna y Resurrección acudieron relevantes personalidades españolas del ámbito cultural y político. El discurso del brindis lo ofreció Rizal, que aprovechó para discurrir sobre la oscuridad en la que estaban sumidas las Filipinas y el deseo de todos de traerla a la luz de manos de España. Su discurso no tenía matices independentistas pero las crudas metáforas que usó para referirse a los curas dejaron petrificados a muchos de los invitados. Su oratoria había sido muy convincente, desde ese momento los jóvenes filipinos en España estarían más unidos que nunca. Él, sin habérselo propuesto, se había convertido en su líder.

La noticia de su discurso corrió como la pólvora al ser reproducido casi íntegramente por los periódicos del momento. En filipinas no se hablaba de otra cosa. Tanta fue la resonancia de sus palabras en el brindis que Paciano, su hermano, le prohibió rotundamente volver a las Islas, donde, alegaba, peligraba su seguridad.

La postura reformista de Rizal, que hoy pudiera verse como comedida, era en aquellos años muy osada. El joven José estaba arriesgando su vida y la posibilidad de volver sin percances a su tierra. Por otra parte, no creía que las Filipinas estuviesen listas para la independencia: los curas se habían encargado de hacer de sus habitantes hombres analfabetos y sumisos. La primera tarea debía ser introducir la ilustración en el país y educar al pueblo en un sentimiento patrio de orgullo e igualdad.

Rizal, imposibilitado de momento para volver a Filipinas por causa de la repercusión de su discurso, continuó sus estudios médicos en París y Berlín, especializándose en cirugía oftalmológica bajo la tutoría de los mejores cirujanos del momento. Incluso llegó a ser miembro de la prestigiosa Sociedad Antropológica de Berlín. En esta etapa no se alejó de su causa reformadora, estuvo trabajando en *Noli me tangere* hasta terminarla y encontrar un editor asequible. Su plan era enviar parte de las copias a Madrid y parte a las Filipinas, incluidas copias para el Capitán General y para el Obispo de Manila. Y solo después de tener las copias en marcha regresar el mismo al archipiélago.

Políticamente *Noli me tangare* trataba de dar un paso pacífico hacia las reformas, tratando de concienciar al gobierno español de que solo a través de la apertura podría mantener la estabilidad en las Islas. Todavía Rizal veía a España y las Filipinas como a una misma nación, y sentía que ambas debían ser tratadas sin diferencias, aunque si desde la Metrópoli no se reaccionaba con cambios urgentes una revolución podría estallar de un momento a otro. La novela era una oportunidad para suscitar cambios antes que el derramamiento de sangre fuese inminente; y Rizal quería evitar la lucha armada, pues no creía que las armas fuesen a sacar lo mejor de un pueblo que era, a causa de las limitaciones de la tiranía, inculto y subdesarrollado. Por otra parte, el vecino Japón había demostrado tener intenciones militares agresivas e imperialistas, y Rizal temía que los nipones buscaran aprovecharse de una situación de crisis para intervenir el país. *Noli me tangere* tenía que convencer a la juventud educada de Filipinas en arriesgarse y luchar pacíficamente por reformas socio-políticas.

La novela cuestionaba duramente el papel de los frailes en el archipiélago, y en esto consistía su punto más arriesgado, sin embargo, el libro no atacaba la fe en Dios: religiosamente Rizal se consideraba un hombre católico. Tenía la creencia de que el cristianismo era la religión que acercaba verdaderamente al hombre a la moralidad, aunque más que interesarse por el dogma Rizal se interesaba en el espíritu de la religión. Creía en la disciplina del catolicismo pero rechazaba lo que para él eran invenciones místicas para explotar al prójimo como la existencia del purgatorio y la necesidad de los siervos de comprar medallas, rosarios y artículos religiosos. En la novela no se halla la necesidad de discutir la naturaleza de Dios, que para Rizal era caer en especulaciones, lo que se pone en tela de juicio es el funcionamiento de la Institución; deja claro que la religión tiene un importante componente de fe y que a su vez él tenía fe. Sin dudas al escribir *Noli me tangere* Rizal era católico, aunque en los años siguientes su profunda decepción para con las atrocidades cometidas por la Iglesia en Filipinas lo llevarían a acercarse más a la masonería. Su relación con la institución católica se iría deteriorando radicalmente con el paso de los años hasta llegar a ser prácticamente nula.

Rizal volvió a las Filipinas al terminar embarcar las copias de *Noli me tangere*. En su natal Calamba levantó una clínica oftalmológica que fue visitada por filipinos de todos los rincones de las Islas. Su prestigio como médico se hizo tan popular que incluso comenzó a correr la voz de que poseía poderes sobrenaturales; así fue como, entre la gente más humilde del archipiélago, nació el mito de su divinidad, que aún persiste en las poblaciones más supersticiosas.

Su regreso trajo alegría a su muy unida familia, pero también un extraño sentimiento de incertidumbre y de sospecha para con los demás. Estaba claro que su presencia no era grata ante los ojos de los frailes, y los paisanos que se atrevían a recibirlo socialmente comenzaban a sentirse expuestos. Su familia empezó a ser estrictamente vigilada, rozando los extremos del acoso. El fantasma de su discurso en el brindis de Luna y Resurrección le acompañaba a todos lados. Por otra parte, *Noli me tangere* estaba teniendo una muy buena acogida entre la juventud ilustrada de Filipinas, incluso comenzaron a circular copias clandestinas hechas por el propio librero encargado de comercializar el libro. La novedad de la novela era sin duda la posibilidad de mostrar a la clase educada de las Islas la realidad contemporánea filipina en una narrativa que nada tenía que envidiar a la europea.

El Capitán General Emilio Terrero hizo llamar a Rizal al Palacio de Malacañán para pedirle personalmente un ejemplar de *Noli me tangere;* la copia que le había sido enviada no había llegado a su destino. José Rizal simpatizó a Terrero desde el primer momento: la sinceridad que emanaba su persona llamaba la atención de todos aquellos que le conocían; por otra parte, el Capitán General era francmasón y no simpatizaba con la frailocracia que dominaba las Islas. Terrero, al leer la novela, decidió que era más sensato dejarla circular sin mayor relevancia; prohibirla podía hacer que los lectores la buscaran con más ansiedad. Los dominicos se opusieron inmediatamente a la libre circulación de la obra y después de mucho insistir consiguieron que fuese enviada a la comisión de censura, donde el Obispo de Manila tenía la última palabra.

Rizal, a consecuencia de la presión ejercida por los curas, fue puesto bajo escolta, supuestamente para velar por su seguridad,

aunque era de dominio público que el militar que lo escoltaba era informante del Capitán General y que tenía incluso la potestad de revisar su correspondencia personal. Las limitaciones no intimidaron a Rizal, que continuó su batalla por las reformas a favor del pueblo: los pobladores de su natal Calamba le pidieron ayuda en la redacción de un documento de Hacienda que tenía como propósito poner en evidencia los malos manejos por parte de los dominicos de las tierras de la región. Los frailes habían estado burlando los impuestos al gobierno español a la vez que cobraban enormes sumas de los agricultores nativos en calidad de gravámenes. El documento, muy esclarecedor para las autoridades, firmado del puño y letra de Rizal fue enviado al gobernador de la provincia de Laguna. Este hecho constituyó un punto de no retorno en la relación de Rizal con los frailes. Él, no solo se les había encarado, sino que se había metido con su dinero, y en las Filipinas españolas oponerse a los frailes era sinónimo de oponerse al régimen establecido.

Los frailes no tardaron en tomar venganza y comenzaron a propagar la idea de que *Noli me tangere* pedía la independencia total y fomentaba el odio de los pobladores hacia la Madre Patria, nada mas lejano de la verdad; según ellos el texto inculcaba en los leales y serviles hijos de Filipinas las ansias de lucha de las ideologías extranjeras. La comisión de censura, bajo la mirada del Obispo, desaprobó la novela. El mismísimo Terrero citó con urgencia a Rizal en Malacañán y le pidió encarecidamente que se marchara lo antes posible del país o ni siquiera él como máxima autoridad gubernamental le podría proteger. José Rizal se vio obligado a dejar las Filipinas y marchar hacia Europa, esta vez obligado por las circunstancias hostiles y la constante amenaza de los frailes y las esferas más radicales de la colonia española asentada en las Islas.

Los cuatro años siguientes a la partida de Manila serían vitales para la labor propagandística de Rizal en busca de reformas, estarían además especialmente marcados por un clarísimo endurecimiento en su actitud hacia España. En Barcelona tuvo oportunidad de fundar la asociación de carácter masónico «La Solidaridad» que devendría en un periódico de igual nombre y que se reafirmaría como la voz de los filipinos más enérgicos del exilio. El

boletín «La Solidaridad» cambiaría para siempre no solo a la colonia filipina en España sino a los hombres educados de Manila, que se ocuparían de subvencionar la publicación desde la capital de la Islas a través del Movimiento de Propaganda.

A partir del 15 de marzo de 1888, con la llegada de Valeriano Weyler a la capitanía general de Filipinas, comenzaría una etapa de dura inflexibilidad socio-política. Las escasas conquistas logradas en las cortes, y aprobadas desde Madrid, serían incumplidas indiscriminadamente por el gobierno de Weyler, muy influenciado por el parecer de los frailes dominicos. Para Rizal se hacía cada vez más obvio que la obtención de reformas de la mano de la Metrópoli no era una posibilidad objetiva, por tanto, su lucha por tratar de avanzar hacia el desarrollo a la par de España, en calidad de iguales, dejó de tener sentido. Observando el proceder anti reformador de Weyler, Rizal se convenció de que las Filipinas solo podrían avanzar por ellas mismas y que era absolutamente necesario prescindir del tirano que las explotaba y les imponía vivir un modelo de sociedad privado de ilustración y de libertades elementales. En sus discursos y artículos se hizo cada vez más explícita la creencia de que la separación de España era una necesidad.

En Rizal, esta postura cada vez más radical a favor de la independencia se vio acentuada por la desestimación en las Cortes Españolas del caso judicial que demandaba el manejo turbio de los impuestos en Calamba por parte de los dominicos. Al cerrarse el caso en Madrid, los frailes tomaron represalias con los habitantes de la región ocupando sus casas y sus tierras, incluidas las que pertenecían a la familia Rizal: fueron todos desalojados.

Con la intención de interceder a favor de su familia Rizal se traslada de Londres, donde se hallaba residiendo, a Madrid. Allí se encontró con un panorama deprimente en lo que a la colonia filipina respectaba: desuniones, insidias y sobre todo un profundo individualismo por parte de los colaboradores más destacados. El periódico «La Solidaridad», con el que Rizal colaboraba cada vez menos, había perdido credibilidad por su posición comedida y poco arriesgada ante el problema colonialista. Rizal decidió desentenderse de «La Solidaridad» y renunció al liderato de la colonia filipina en Europa, pidiendo al Movimiento de Propaganda de Manila que no le enviase más remesas en calidad de subvención.

Tenía otro proyecto bajo la manga, más individual, pero a sus ojos más efectivo: había terminado su segunda novela, *El Filibusterismo*, mucho más radical que *Noli me tangere*. Su segunda novela dejaba claro que no quedaba para los filipinos otra salvación fuera de independizarse de la Madre Patria. Podría decirse que el texto incitaba a la Revolución y a un tiempo advertía sobre ella y sus fatídicas consecuencias. Rizal era un hombre que creía en los procesos pacíficos sobre todas las cosas, pero la indiferencia de España ante su lucha le había llevado a la conclusión de que un levantamiento era la única alternativa.

En la Corte no pudo hacer nada en favor de su familia que, además de haber sido desahuciada, estaba siendo perseguida por el gobierno español, incluso algunos de sus miembros habían sido deportados a las islas del sur. Rizal decidió trasladarse a Asia para estar más cerca de la Filipinas y desde allí tratar de encontrar la alternativa política que no pudo concordar en Europa.

Se trasladó a Hong Kong y comenzó a ejercer como médico oftalmólogo. Allí se le pudo reunir parte importante de su familia, incluido su hermano Paciano que había sido deportado. En Hong Kong residían muchos filipinos exiliados, considerados por el régimen español *filibusteros*; la mayoría de ellos habían perdido sus propiedades y subsistían en condiciones de pobreza infrahumana. Rizal ideó un proyecto para darles tierra y trabajo a los filipinos emigrantes: en la parte norte de Borneo había una zona poblada por ingleses que era independiente de Inglaterra y donde un amigo británico tenía planeado crear una nueva Compañía Comercial; si las tierras se pudiesen arrendar a bajo coste los dos primeros años, sería posible trabajarlas y crear infraestructuras agrícolas, haciéndolas más provechosas incluso para los ingleses y la nueva Compañía Comercial. La mano de obra filipina era barata, ellos solo necesitaban tierras donde vivir y poder trabajar, el progreso vendría con los años y con el esfuerzo. A los ingleses les pareció una idea fabulosa. No hay que mirar este proyecto con ingenuidad ni cuestionarlo solamente desde un punto de vista económico: en realidad era una estrategia política para dar visibilidad internacional a los filipinos que vivían fuera de las Islas. Se trataba de crear la primera Colonia Filipina fuera del archipiélago que dispusiera de carácter oficial.

A España no le convenía en lo absoluto que en tierra habitada por ingleses se creara una colonia filipina de tal magnitud, porque este hecho desacreditaba internacionalmente su forma de gobierno en las Islas y porque además, como Metrópoli, no podía permitir una agrupación económico-social filipina totalmente desligada del poder de España.

A la llegada en 1891 de Eulogio Despujol como nuevo Capitán General de Filipinas, Rizal envía una carta de presentación a Malacañán ofreciendo sus servicios. Esta carta era una última búsqueda pacífica de reformas, donde Rizal no se ponía a merced del gobierno español bajando la cabeza, sino donde con mucho orgullo dejaba claro que reformas político-sociales eran la única forma que tenía España de no perder para siempre a las Filipinas. La carta no le fue contestada.

Por estas fechas entraba a las Filipinas *El Filibusterismo*. Las autoridades españolas tenían conociendo del libro y en aduana confiscaron el grueso de la edición. No obstante algunas copias de amigos pudieron ingresar al país por correo postal desde Hong Kong .Los ejemplares se vendieron por precios disparatados en el clandestinaje dada la demanda ansiosa por parte de la juventud educada.

Pero Rizal, aunque *en El Filibusterismo* ya discutiese sobre la necesidad de la Revolución, quería insistir una vez más en la vía no violenta, así es que escribe una segunda carta de presentación al Capitán General Despujol ofreciendo sus servicios. Este segundo intento sí que halló frutos. Despujol enterado del plan del Borneo Norte estaba decidido a impedirlo a toda costa por el desastre político que podría suponer para la España Metrópoli. A través del cónsul español en Hong Kong le hace saber a Rizal que no aprueba el Plan Borneo, no obstante le invita a Manila para hablar con detenimiento del asunto. Rizal insiste en la necesidad de una salvaguardia para preservar su libertad en Filipinas, pero se le contesta con evasivas. Intentando confiar siempre en la sinceridad humana José Rizal parte a Manila la intención de negociar con el Capitán General el Plan Borneo. «La rata está en la ratonera» habría telegrafiado el cónsul español en Hong Kong a Despujol cuando supo que el barco de Rizal había partido sin contratiempos.

Rizal, al llegar a Filipinas, no fue apresado como muchos temían. Supuestamente se le permitiría hacer una vida normal, bajo la atenta mirada de espías españoles, aunque era citado con mucha frecuencia desde el Palacio de Malacañán para discutir con Despujol temas referentes al proyecto de Borneo Norte. En realidad se trataba de una estrategia para tenerle controlado.

José Rizal no perdió tiempo y retomó su ardua pelea por las reformas: fundó a su llegada la Liga Filipina, una asociación progresista que demostraba que la lucha por reformas había pasado de Europa a las Islas. No obstante en su discurso inaugural Rizal habló comedidamente, evitando mencionar las palabras revolución e independencia.

Una vez más, Rizal fue citado a Malacañán donde se le comunicó que entre su equipaje se habían encontrado recortes de artículos de prensa subversiva. Le mostraron secciones de una crónica efectivamente escrita por él bajo seudónimo pero que, sin duda alguna, alguien le había introducido en el equipaje a sus espaldas: se trataba de una trampa tendida por los frailes y el gobierno español. Se le declaró inmediatamente bajo arresto. Cada una de las casas que había visitado desde su llegada al archipiélago fue registrada por las autoridades, demostrando que no había dejado de estar bajo estricta vigilancia. José Rizal fue deportado en 1892 a Dapitán, Mindanao, en las Islas del Sur. La noche en que se firmó la deportación de Rizal nacía en Manila el Katipunán, una sociedad secreta destinada a conseguir la separación de España a través de la lucha armada, encabezada por el joven Andrés Bonifacio. Rizal, sin tener siquiera conocimiento del nuevo movimiento, fue nombrado por sus militantes Presidente Honorífico.

En Dapitán transcurrieron los últimos años de la vida de Rizal, de 1892 a 1896. En un paraje tan alejado de los focos políticos no podía desarrollar actividad alguna, y constantemente alegaba sentirse abrumado e inútil a su causa. No obstante trató de ayudar a su pueblo en de las maneras que estaban a su alcance: creó un consultorio oftalmológico donde no era necesario pagar con dinero y donde los más pobre eran atendidos incluso gratis; también creó una escuela para niños y adolescentes donde, además de enseñar Artes, Ciencias y Deportes a la altura de los colegios europeos, trataba de inculcar en los pequeños amor a la Patria y sentido de

dignidad. Estando deportado en Dapitán conoció a su compañera sentimental Josephine Bracken. Al solicitar a la Iglesia que los uniese en matrimonio los frailes le negaron el derecho al sacramento: solo le sería concedida la posibilidad de casarse si se arrepentía públicamente y por escrito de todas las ideas «anticlericales» manifestadas en su artículos, discursos y novelas. Rizal de negó rotundamente a la retractación y comenzó a vivir con Josephine, desafiando a los curas, que iniciaron entre la población de Dapitán una muy fuerte campaña de descrédito contra la pareja, que practicaban según ellos el pecado del «amancebamiento».

Durante la estancia de Rizal en el sur el Katipunán, en Manila, había ido cobrando adeptos. A través de emisarios habían propuesto a Rizal numerosos planes para ayudarle a escapar al extranjero, todos ellos financiados por el movimiento revolucionario. Rizal se negó a la opción de la huída porque era un hombre de palabra y había prometido al Capitán General no escapar de las Islas del Sur. En Manila la revolución era inminente, y los hombres de Bonifacio acudieron donde Rizal a pedirle aprobación y consejo sobre el levantamiento. Rizal se opuso al estallido inmediato de una revolución armada, creía que el pueblo filipino no estaba preparado para el derramamiento de sangre. A su entender no solo eran necesarias armas y hombres para empuñarlas, también se precisaban hombres ilustrados que supiesen guiar a los rebeldes durante la lucha. No aprobó el plan de alzamiento del Katipunán pero sí ofreció su consejo para tratar de paliar las consecuencias que cría serían catastróficas para los habitantes de la Islas.

En 1896 a Rizal le es concedido permiso para marchar a la Guerra de Cuba en calidad de médico. Para él significaba poder marcharse del recóndito lugar donde había estado confinado durante casi cuatro años sin tener que romper su promesa de no huir. Rizal debía trasladarse primero a España para unirse al Ejército y luego partir hacia el Caribe. Estando en el puerto de Manila, a punto de embarcar, estalla la Revolución organizada por el Katipunán, el 30 de agosto de 1896, a la que abiertamente se opuso por «precipitada y «alocada». En sus inicios la Revolución no parecía tener gran magnitud y a Rizal se le permitió embarcar en el «Isla de Panay» con destino a Europa. En medio del viaje es

puesto bajo custodia y se le comunica que será arrestado al llegar al puerto de Barcelona: la Revolución había ido cobrando grandes proporciones con el de cursar de los días.

José Rizal es arrestado en España y devuelto hacia Manila para ser juzgado por supuestas conexiones con el Katipunán y por ser «el alma de la revuelta». En el juicio nunca se pudo demostrar un vínculo real entre Rizal y el movimiento rebelde, las acusaciones se basaban sobre todo en conjeturas y en falsas sujeciones entre la Liga Filipina y el Katipunán. Rizal se defendió con un Manifiesto a los Filipinos en el que expresaba su desacuerdo con la Revolución. El documento fue archivado por las autoridades españolas pues temían que el pueblo filipino interpretase que José Rizal estaba en desacuerdo con esta revolución pero no con una revolución futura, bien organizada y estructurada. En su defensa no pidió misericordia, solo mostró pruebas ciertamente irrefutables de su inocencia. El 28 de diciembre de 1896 fue aprobada por el Capitán General Camilo Polavieja la petición de pena de muerte para José Rizal. España no quería matar a un hombre, quería matar un símbolo. El tribunal ni siquiera estaba seguro de la participación de Rizal en la Revolución, pero la Metrópoli necesitaba imponerse por la fuerza al pueblo Filipino, necesitaban «ponerlos en su lugar» asesinando al más universal de sus hijos.

En la madrugada del 29 de diciembre, horas antes de su fusilamiento, José Rizal compone, sobre la mesa de su calabozo, uno de los poemas más sentidos escritos en Lengua Castellana, su *Último Adiós*, que constituye una despedida a su pueblo, a su familia y a sus amigos. Este poema nos habla de su época a través de un extraño modernismo, sin apelar a falsas emotividades tan en boga por esos años pero a la vez con un estremecimiento sincero y sobrecogedor.

El hombre que se enfrentó al pelotón de fusilamiento la mañana del 30 de diciembre de 1896 en la Luneta de Manila fue un hombre sereno, apacible, que no mostraba una especial intranquilidad. Los que le vieron caminando hacia el lugar de la ejecución cuentan que parecía que simplemente paseaba pensativo tomando la brisa de la mañana. Pero a pesar de su ecuanimidad, como José Martí, José Rizal tenía una preocupación: no quería morir de

espaldas. No puedo ante esta idea evitar recordar los versos del Apóstol de Cuba cuando cavilaba sobre la Muerte:

¡No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor:
yo soy bueno y como bueno,
moriré de cara al sol!

Rizal solicitó permiso al oficial al mando para ponerse de frente al pelotón. La petición le fue denegada, pero Rizal, desde la noche anterior, tenía una pensada estrategia como médico y conocedor de la anatomía humana. Caería de cara al sol: se colocaría en una posición algo torcida de espaldas de modo que al perder el equilibrio el peso de su complexión se balancearía hacia detrás. Después de los disparos el cuerpo sin vida de Rizal cayó de espaldas al suelo, de cara al sol.

Inmediatamente después de su muerte, los Jesuitas aseguraron al pueblo, valiéndose de la falsificación de varios documentos, que José Rizal se había arrepentido de sus ataques a la Iglesia Católica la mañana del 30 de diciembre, día de la ejecución, para dar el sacramento a Josephine Bracken antes de morir. Mucha polémica ha suscitado este falso arrepentimiento en las Filipinas, llegó incluso a ser motivo de debate hasta bien entrado el siglo XX. Actualmente, en casi todas las biografías y libros de Historia, consta la supuesta retractación de Rizal como una artimaña más de los frailes para en su sucia lucha por no perder el poder.

José Rizal, sin ser un revolucionario de la lucha armada, fue el inspirador de la Revolución Filipina: sus novelas, artículos y discursos fueron sembrando la semilla de la insurrección en el pueblo filipino, además de darle credibilidad internacional a la causa de la reformas. Rizal se ganó sin dudas un lugar prominente en la Historia de la Independencia de Asia junto a Gandhi y Tagore, y a un tiempo como artista logró entrar en el parnaso de los grandes escritores de la Lengua Castellana ©